



Lunes Santo

Juan Ignacio Vara

Los evangelios sinópticos coinciden en que, lo primero que hizo Jesús tras su entrada “triumfal”, a lomos de un borrico, fue acercarse al templo y “limpiarlo” (Mt 21, 12-17; Mc 11, 27-33; Lc 19, 45-48). Hoy diríamos “desinfectarlo”. A quienes “manejaban” ese templo, llevaba días tratando de “desinfectarlos”, como cuentan Mateo y Juan. Pero muchos, ni por esas.

Es que los virus que anidan en los corazones son más difíciles de liquidar que los que andan en el aire o en las superficies que tocamos. Veo a Jesús y a su grupo de amigos y amigas, bien forrados de buzos, mascarillas, gafas y guantes, manejando unas bombas portátiles con desinfectantes varios... y a Pedro, Santiago y Andrés al volante de unos camiones de bomberos, con grandes tanques y mangueras potentes, lavando puertas, ventanas, fachadas, patios y despachos de instituciones y templos de todo tipo... Por allí anidan traiciones a los pueblos llanos, innecesarias burocracias, discursos insultantes, intereses partidistas que olvidan el bien común, decisiones económicas que son un atraco a la comunidad, nacionalismos especialistas en crear fronteras, intercambio de votos por favores, apropiación indebida de la voluntad de Dios, administración en exclusiva de la salvación, hundimiento de los países más pobres, endiosamiento del dinero y de las armas, desprecio a los migrantes... Pedro y su equipo tuvieron que repostar desinfectante... porque era terrible el tsunami vírico de ahora.

Jesús y su grupo se dedicaron, durante horas, a desinfectar habitaciones de casas, hospitales, residencias, casa de acogida... “No tengáis miedo, podéis respirar tranquilos”, que este líquido nebulizado no hace daño, sólo trata de limpiar vuestro corazón y vuestra mente. ¿Qué sacáis con seguir viendo a la otra o al otro como a un extraño que no merece ni vuestra sonrisa? ¿Hasta cuándo mantendréis el afán por creer que sois mejores que los demás y se lo enseñaréis a los niños en vuestras escuelas? ¿Qué tal si ensayáis unos libros de geografía política sin fronteras? ¿Cómo habéis leído mi evangelio para justificar que vuestras mujeres estén en segundo plano en vuestras comunidades? ¿Por qué os parece más normal gastar vuestros ingresos en futilidades, que en ayudar a quienes mendigan un lugar en que trabajar y vivir con dignidad? ¿No abriréis más los brazos y el corazón cuando pase esta tormenta? Y, a la vez, iban acariciando a todas y todos los que se apuraban moviendo camas, lavando ancianos, buscando vena, sirviendo comida... “Benditos de mi Padre”, iba murmurando Jesús, saludando con su enguantada mano izquierda mientras metía el rociador bajo las camas y los armarios...

Y así, hasta la tardenoche. Se encontraron todos en las afueras del templo desinfectado. Se quitaron los guantes y las mascarillas, comieron un bocadillo y se robaban la palabra porque todas y todos tenían mucho para contar... Y Jesús: -Bueno, ahora, unos vamos a hacer el turno de noche, cerca de todos estos hijas e hijos de mi Padre, aunque algunos, seguro, dirán que eso son solo palabras, pero si aman desde lo profundo de su vida... Los demás, vais a... En esto, se escuchó ¡un rebuzno! que resonó como la trompeta del famoso juicio final en el silencio coronavírico de la ciudad. ¡Si es Socio! -dijo Juan que, con sus atuendos de astronauta, salió en carrera a encontrarse con el burro. Porque así se llamaba el cuadrúpedo que, desde años atrás, hacía de trono portátil para Jesús entrando en Jerusalén. -Pues os vais con Socio y le decís a mi amigo Elías que mañana nos prepare un desayuno con lo que tenga a mano. Y, de esta, ¡saldremos, chicas y remeros! Mañana, aquí, a las siete, y prohibido darle al palique hasta tarde, que los virus no descansan.

Complete cada cual lo que aquí falta del día y mandádnoslo vía vuestro corazón-conectado-con-el-de-Dios-y-el-de-todos. Hasta mañana.